



*Nuestro compromiso
puede mejorar
el mundo:*

*Trabajar por la
dignidad de la mujer
(II)*

Queridas hermanas,

Acabamos de celebrar la fiesta de Pentecostés y el Papa Francisco nos ha recordado, una vez más, que, con la llegada del Espíritu Santo, los miedos y las dudas desaparecen, al punto de hacer que los discípulos de Jesús se tornen capaces de anunciar al Resucitado con el riesgo de arrestos y persecuciones. Que los que “antes permanecían encerrados en el Cenáculo, ahora salen a anunciar a todas las gentes” que Jesús está vivo. Y que a veces puede parecernos que el Espíritu es algo abstracto, pero que, al contrario, “es la persona más concreta, más cercana, que nos cambia la vida”.

En este número de INFO, seguimos compartiendo lo que hacemos en distintos rincones del mundo para promover, levantar y acompañar a mujeres que viven marginadas, violentadas y tratadas indignamente. ¡A cuántas de ellas les ha cambiado la vida haber aprendido a leer en el grupo de alfabetización de la Parroquia; o haber participado de un taller de promoción humana donde conocieron sus derechos; o haberse integrado a un proyecto social donde se supieron capaces de trabajar para incrementar los ingresos de su familia! ¡Y qué hablar de aquellas mujeres que fueron rescatadas de una mafia! ¡Cómo puede cambiar la vida!

Nosotras sabemos que todo ello es posible porque el Espíritu, silenciosa y discretamente, conduce la historia. Y que allí donde una persona se libera, se levanta, y se anima, está el Espíritu Santo, dador de vida, obrando. Pero sabemos también que Él necesita gente para materializar su obra. Sabemos que Él actúa a través de quienes acogen sus insinuaciones y se dejan guiar para llevar adelante los deseos de Dios. Por quienes sienten llamados interiores y aceptan los desafíos de regalar tiempo, servicio y vida para que otros puedan cambiar la suya.

El mes pasado hablábamos de aquellas mujeres que nos enseñaron, con sus esfuerzos y luchas, a vivir de mejor manera. ¿Por qué no recordar, ahora, a aquellas otras que en algún momento se dejaron

acompañar hacia una mayor libertad, después de haber estado sumergidas en un hoyo muy profundo? ¿Por qué no pensar en aquella señora que vive tan agradecida a Dios porque en la comunidad cristiana logró cambiar el cuchillo que portaba siempre en su bolso, por una cruz que ahora lleva en el pecho? ¿O en aquella otra, vendida por su padre para la prostitución, cuando tenía 14 años, y que logró fugarse gracias a personas valientes que luchan en silencio contra esta esclavitud moderna? ¡Cuántas mujeres hemos visto ponerse de pie y caminar erguidas después de un proceso de sanación, de promoción humana, o de conversión! De ellas aprendemos que es posible cambiar de vida, o, como le dice Jesús a Nicodemo, *nacer de nuevo*.

A ello apunta nuestra opción prioritaria. A buscar con creatividad y empeño, actividades o propuestas para que algunas mujeres puedan nacer de nuevo. O, simplemente, a sumarnos a lo que realizan otros por ello, y hacernos testigos de que el Reino de Dios está en medio de nosotros, porque hay mujeres que se levantan, que se liberan, que rompen sus cadenas... y anunciarlo.

Les abraza con cariño,